

social, tanto en el Japón como en los Estados Unidos.

Es preciso que las Potencias mundiales se pongan de acuerdo, y en muy breve lapso de tiempo, sobre los problemas financieros y económicos, so pena de perecer. Cada día se advierten avisos de carácter más y más imperativo sobre la necesidad de ese acuerdo, y si logran llegar a un convenio sobre esos problemas, que son comunes a todas, quedarán muy pocas o ninguna razón para no abordar al mismo tiempo los problemas meramente internacionales.

Se advierte una curiosa exageración en el respeto que se tributa a los patriotas y a los excesos patrióticos en todos esos proyectos de desarme y de mitigación para la crueldad de las guerras.

Tenemos que considerar las susceptibilidades patrióticas como la fórmula estereotipada de la objeción que se presenta contra la clara necesidad de substituir la actual soberanía bárbara de los Estados separados, con el imperio mundial de una ley mundial, que proteja los intereses comunes de todas las gentes humildes del mundo.

En la práctica, esas susceptibilidades patrióticas con frecuencia no se resuelven en algo más formidable que el deseo de ocultar la propia importancia del funcionario de alguna cancillería, y, por lo general, no dan otro resultado que el de fomentar la suspicacia de otro pueblo extranjero. La mayor parte de las gentes son susceptibles de sentirse excitadas patrióticamente, pero eso no excusa en manera alguna semejante deferencia excesiva hacia el patriotismo, como tampoco excusaría una completa tolerancia de muchos vicios y de muchos atentados provocados por la embriaguez, el hecho de que todos seamos más o menos susceptibles del deseo de beber.

Y al mismo tiempo que se observa esta deferencia para con los más locos arrebatos del nacionalismo, se advierte un olvido y desconsideración absolutos hacia la influencia y el respeto que merecen unos de los más grandes y concentrados intereses de nuestro mundo moderno, como lo son los recursos financieros y la gran masa de obreros especialistas que viven a la sombra de las industrias de los armamentos y de las municiones.

Hasta donde me ha sido posible comprobar, los que abogan por lo que pudiéramos llamar el desarme liso y llano, proponen secamente que esa masa de intereses quede disgregada en forma más o menos completa; que su enorme número de fábricas, arsenales, etcétera, sean puestos fuera de servicio; que se borre todo el alcance de sus relaciones financieras; que se disperse el personal que ha sido preciso selec-

cionar tan cuidadosamente; y que se vierta toda esa masa de ingenieros, marinos, artilleros, etc., todos especialistas en un ramo, dentro de la gran oleada de los sin-trabajo, que ya actualmente amenaza con hacer que se hunda nuestra civilización.

Y no parecen darse cuenta de cuán sutiles y diversas formas habría de asumir la resistencia efectiva que opondría ese grande y complejo conjunto de seres humanos, todos competentes, antes que resignarse a semejante tratamiento.

En toda la colección de documentos emanados de la Liga de las Naciones, que poseo, sólo encuentro dos alusiones a ese obstáculo tan real, que se presenta para el objetivo mundial, consistente la primera en sugerir que ninguna empresa particular pueda consagrarse a la producción de material

## Fragmento de un Prefacio

Por ETIENNE RABAUD

Profesor de Biología en la Soborna.

**E**L biólogo no limita su objetivo a recoger hechos o uniones de hechos; tiene derecho a las hipótesis y a las hipótesis más elevadas, tal vez más elevadas que las que persiguen los metafísicos; el biólogo vive en la realidad, y si intenta dominarla, conserva juiciosamente un punto de apoyo y se mantiene en guardia contra los puros fantasmas: no crea el objeto de sus especulaciones. Sin duda bordea el abismo y se encuentra constantemente tentado a especular sobre su propia alucinación y vestirla a su gusto, para disputar en seguida sobre los atributos con que la revistió: cualquiera que sea el encanto del sueño metafísico, no es sino un sueño y como tal queda incapaz de dirigir la investigación y de sacar las consecuencias generales. Cantonado sobre un terreno sólido, el biólogo se contenta con obtener resultados sucesivos; asegura el terreno detrás de él, después generaliza y marcha hacia adelante, persiguiendo la investigación de los orígenes del hombre y esforzándose en sondear las posibilidades futuras.

Constantemente entregado al estudio de los fenómenos perceptibles, obtiene cada día una nueva aproximación; por pequeña que ésta sea, conduce a la siguiente.

Estrechamente encerrado en lo relativo, rehusando admitir lo absoluto, no desespera, sin embargo, de llegar a un conocimiento siempre más grande, preguntándose sin cesar hacia qué marcha y dónde estará el límite de sus adquisiciones.

(*Le transformisme et l'expérience*. París. 1921. Traducción y envío de C. P. T.)

de guerra, mientras que la segunda es la sugestión de que ninguna corporación productora de armamentos puede ser dueña de periódicos.

No ha faltado quien aplauda con entusiasmo la primera de esas proposiciones, que realmente traería consigo la nacionalización, entre otras, de las industrias del hierro, del acero y de los productos químicos; pero los hombres prácticos se ven obligados a confesar que en ningún Estado del mundo existe una organización con un nivel bastante de eficiencia, para que ese traspaso de tan grandes intereses al dominio de la nación, pudiera llevarse a cabo con buen éxito; y por lo que se refiere a la segunda restricción, seguramente que excede de la habilidad humana idear las reglas que pudieran evitar que una gran combinación bancaria controlara fábricas de armamento por un lado, mientras que por el otro dominara financieramente en uno o en muchos periódicos.

De todas suertes, queda en pie el hecho de que esos grandes y complejos intereses son los que presentan la oposición más real que ninguna otra para la federación mundial. Prestan materia, dirección y premio inmediato a esos exaltados sentimientos de patriotismo; nos gobiernan dividiéndonos, y comprenden que la existencia de que disfrutan en su presente forma, tendrá que basarse en la prolongación de nuestras suspicacias y de nuestras divisiones; no buscan de una manera positiva la guerra, pero sólo viven por medio de la no interrumpida expectación y preparación para la guerra.

Por otra parte, las inteligencias superiores que se encuentran a la cabeza de esos grandes intereses, necesitan comprender tarde o temprano que a la postre les será imposible dejar de compartir las consecuencias del desbarajuste económico y social hacia el que todos vamos deslizándonos.

Esa grande y compleja organización sería enteramente ciega si no se hiciera representar en la Conferencia de Washington, pero no oficialmente y con su verdadero carácter, sino en forma de pseudo-patriotas peritos militares, navales y financieros, logrando de todas suertes contar con una representación mejor que la de cualquiera otra fase de la vida humana.

¿Qué esperanzas podemos abrigar nosotros, los simples mortales de esa formidable potencia? Su propio aniquilamiento sería demasiado, aun en el caso de que fuera deseable.

Pero es razonable pedir que sus actividades tomen una nueva orientación para que satisfagan algunas necesidades urgentes del momento, y para que eliminen otros peligros actuales, ya que de ninguna manera deseamos la completa extinción de ese gran cuerpo